

LA HISTORIA MEXICANA Y LATINOAMERICANA A TRAVÉS DE LA
REVISTA *LECTURA* DURANTE LOS AÑOS CARDENISTAS (1937-1940)

Felicitas López Portillo T.
CIALC-UNAM

Esta investigación hace parte de una más amplia, intitulada “La derecha mexicana y América Latina”, que constituye mi modesta contribución a las celebraciones del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución. El objetivo de la misma es revisar las posiciones de algunos personajes representativos de esta tendencia ideológica durante la primera mitad del siglo pasado respecto a diversos temas, y las vinculaciones y redes intelectuales que mantuvieron con sus congéneres latinoamericanos.

En primer lugar, y aunque parezca obvio, señalemos que el estudio de la derecha no ha concitado demasiada atención entre los estudiosos, aunque la vertiente decimonónica sí ha recibido mayor interés debido a su importancia histórica. Pero el análisis de esta fracción de la geometría política actuante durante la primera mitad del siglo XX ha tenido menor fortuna, quizá porque el país estaba cubierto por la sombra de la Revolución mexicana, bajo la vigilante mirada de una clase política que satanizaba y minimizaba cualquier manifestación que no estuviera legitimada por el movimiento de 1910. Era la “reacción”, todo aquello que no cabía y representaba una oposición dentro de los parámetros de la revolución institucionalizada. Lo mismo ocurrió durante la segunda mitad del siglo, aunque en este caso no puede obviarse la importancia otorgada a la impostura de lo políticamente correcto, tendencia relativamente reciente que ha obstaculizado el estudio de este aspecto del pasado, puesto que la adscripción militante a lo *radical chic* es más glamoroso y útil para construir una carrera académica exitosa. Quizá también contribuyó a la escasa importancia que en general tiene el análisis de la derecha el que nos hayamos librado de las feroces dictaduras que asolaron a la mayor

parte de los países latinoamericanos. Sin embargo, es preciso señalar que a mediados de la década del setenta cobró interés el estudio de la burguesía debido a su enfrentamiento con el presidente Luis Echeverría y la consiguiente fundación del Consejo Coordinador Empresarial, organismo alternativo a las tradicionales cámaras que agrupaban a los sectores productivos, y que el movimiento cristero y la creación del Partido Acción Nacional cuentan con sustanciales estudios al respecto.

La situación de ninguneo y satanización del pensamiento y de las prácticas conservadoras se remonta al siglo XIX, cuando el liberalismo triunfante de las cruentas luchas intestinas anatematizó a sus enemigos y los expulsó de la historia con el sambenito de que representaban a la reacción y al retroceso. Por ejemplo, la historiografía del último tercio de la citada centuria, destinada a recabar y crear un *corpus* de legitimidad histórica e ideológica al Estado liberal oligárquico, ocultó o disminuyó en muchos casos la significación que tuvieron las luchas populares identificadas con una visión tradicionalista, de la cual la Iglesia católica era la principal portadora. Asimismo, fueron estigmatizados los intentos monárquicos de organización estatal, que anclaban sus raíces en el pasado colonial y proclamaban cambios graduales en la anárquica sociedad de la época, gradualismo y pragmatismo que caracterizaron a la facción conservadora. Si bien es cierto que los liberales se alzaron con el triunfo, gobernaron tomando en cuenta muchos elementos enarbolados por sus vencidos enemigos, pues los conservadores liberales, o liberales moderados, en la terminología de José Luis Romero, se hicieron cargo de sus naciones aplicando muchas de las premisas del conservadurismo, como lo ejemplifica el gobierno dictatorial del general Porfirio Díaz, que concilió exitosamente ambas vertientes de la historia decimonónica.¹

En la definición de Alfonso Noriega, “El conservadurismo es la actitud política que se opone a los cambios violentos, que respeta

esencialmente la tradición; pero que piensa, desde la categoría del hacer – del devenir- y acepta la transformación evolutiva de las sociedades y no su inmutabilidad, como el tradicionalismo”.²

Conforme a esta definición, la revista que nos ocupa no se ostenta propiamente como conservadora, sino como tradicionalista y reaccionaria. Bajo el título de *Lectura. Revista crítica de ideas y libros*, se expresa la visión de su fundador y principal impulsor, Jesús Guisa y Azevedo, y de sus más fieles colaboradores. Se publicó de 1937 a 1973, y tuvo un carácter mensual hasta octubre de 1938, cuando empezó a salir quincenalmente. Para su director y fundador el ideal a seguir era el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás de Aquino, “el príncipe de los escolásticos”, periodo histórico que consolidó el sentido de lo divino.³ La portada se adornaba con la silueta de la cúpula de una iglesia; en la contraportada del número correspondiente al 15 de diciembre de 1939 se invitaba a regalar suscripciones con el señalamiento de que se trataba de la única revista mexicana “verdaderamente antirrevolucionaria”. En ella el lector se documentará “a propósito de historia, de ciencia, de política, de filosofía, expone las ideas y la doctrina de la REACCIÓN, que es decir, de la CIVILIZACIÓN”.⁴

Jesús Guisa y Azevedo (1900-1986), nació en Guanajuato y estudió en el seminario de Morelia; obtuvo el doctorado en filosofía por la Universidad de Lovaina. Vivió en España durante la década del veinte, regresó a México y fue expulsado, lo mismo que de la Universidad Nacional de México, donde impartía la cátedra de filosofía tomista. A su regreso

¹ José Luis Romero, *El pensamiento conservador (1815-1898)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho núm. 31, 1978, pp.IX-XXXVIII.

² Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, México, IJ-UNAM, t. I, 1972, p. 42.

³ “Los modernos viven del desorden y todos, más o menos, somos individualistas porque nos negamos a formar parte del orden cósmico y del orden universal. Estamos lejos de Dios, en otras palabras”. Jesús Guisa y Azevedo, *Lovaina, de donde vengo*, México, Talleres de Excelsior, 1934, p. 11.

⁴ *Lectura. Revista crítica de ideas y libros*, 15-XII-1939, México, t. XIII, núm. 4.

fundó la citada revista y la Editorial Polis; colaboró en los periódicos *Excélsior* y *Novedades*, y en los órganos de expresión de las cámaras empresariales, principalmente en *Carta Semanal*, de la Confederación de Cámaras de Comercio, la CONCANACO. Erudito perteneciente a la vieja escuela, escribió cerca de veinticinco libros, entre los que se cuentan *Doctrina política de la reacción* (1941); *Hispanidad y germanismo* (1946); *Me lo dijo Vasconcelos* (1965); *Acción Nacional es un equívoco* (1966); *La Civitas mexicana y nosotros los católicos* (1953), títulos que orientan sobre sus preocupaciones. Fue miembro de número de la Academia de la Lengua, institución que durante la primera mitad del siglo pasado fue considerada como el reducto del más rancio conservadurismo.

El jefe de redacción era el entonces joven promesa de la burguesía mexicana, Juan Sánchez Navarro (1913-2007), reputado como uno de los principales ideólogos de la iniciativa privada nacional y miembro destacado de una distinguida familia de abolengo. Fundador del Partido Acción Nacional, colaboró en casi todos los principales organismos empresariales y durante una buena parte de su vida fungió como alto directivo del Grupo Modelo, además de docente en varias universidades.

La nómina de colaboradores de *Lectura* era amplia y diversificada, e incluía a una serie de miembros consuetudinarios, como don Rafael García Granados, quien tenía una columna bajo el título de “Notas americanistas”, donde comentaba sobre diversos tópicos como libros, eventos académicos y profesores visitantes. Salvador Novo escribía notas literarias y de opinión; existía una sección sobre “Bibliografía crítica” que daba cuenta de las novedades editoriales, donde aparecían en ocasiones reseñas de Antonio Caso y Antonio Gómez Robledo; Justino Fernández se encargaba de las cuestiones estéticas y artísticas y Ana Salado Álvarez, la hija de don Victoriano, acendrado porfirista, escribía sobre feminismo y la nociva y pervertidora influencia recibida de allende el Bravo a través del cine y la moda, que provocaba en las mujeres el deseo de trabajar, lo que conllevaba el riesgo de provocar “tragedias morales”. Igualmente, se

incluían poemas de Manuel González Montesinos y algunos otros escritores, la mayoría de carácter místico y religioso. Armando Chávez Orozco escribía una columna sobre los “Intelectualoides indolatinos”, en clara alusión al concepto Indoamérica de José Carlos Mariátegui; en ella criticaba la impostura de algunos prohombres del régimen como Narciso Bassols, Luis I. Rodríguez, Ignacio García Téllez y su favorito, el líder obrero Vicente Lombardo Toledano.⁵ Pedro Zuloaga estaba a cargo de las últimas novedades científicas en su columna “Scientiarum novitates”, como la próxima aparición de la televisión a nivel comercial, notas que se mezclaban con diatribas contra el divorcio y la esterilización; también se publicaban comentarios y pequeños resúmenes sobre encíclicas papales y el vivificante ejemplo de los santos y mártires cristianos. Eventualmente se contaba con la pluma de José Vasconcelos sobre diversos tópicos, y de Antonio Armendáriz sobre asuntos económicos, junto a muchos concurrentes más. A pesar de todo, había una constelación de escritores que daba cuenta de una relativa apertura del director, a despecho de su rígida posición ideológica. Constituía parte importante de la revista la publicación de escritos pertenecientes a eminentes intelectuales franceses, algunos de ellos miembros del Colegio de Francia, los que opinaban sobre la guerra civil española, la amenaza fascista, la importancia de la cultura francesa en el mundo occidental y el peligro comunista. También se daba cabida a comunicados de los generales Francisco Franco y Manuel Oliveira Salazar con la exposición de sus puntos de vista sobre la cruzada emprendida por ambos en favor de la civilización cristiana y de los

⁵ En la columna “Intelectualoides indolatinos”: “discurrirán los aspirantes a cultos que nunca lograron su aspiración; las sociedades científicas o literarias con inscripción en el presupuesto oficial; los sucesos oscuros de nuestra agitada vida; los marxistas que sólo conocen pedazos de Marx y nunca leyeron a Engels; los llamados intelectuales que sólo fueron burócratas; todas aquellas gentes que aprovechan las migajas de la cultura para la satisfacción de sus más bajos intereses y de sus más bastardos apetitos”. Armando Chávez Orozco, *Lectura, Revista crítica de ideas y libros*, 1º de mayo de 1937, México, t. I, núm. 1, p. 51.

verdaderos valores de Occidente.⁶ Igualmente, se daba cuenta de los juicios de Moscú y la miserable situación de Rusia (*sic*), artículos generalmente traducidos del inglés o del francés. Por ejemplo, se publicó una nota sobre la visita de André Gide a la URSS y su consiguiente desilusión sobre el paraíso socialista, y de Paul Claudel sobre los mártires de España, aunque no faltó quien lamentara el asesinato de Federico García Lorca. También se publicaban noticias sobre la Italia de Mussolini, quien despertaba simpatía y admiración por su Concordato con el Vaticano y su rescate de la Roma imperial, cuna de nuestra civilización. En cambio, Hitler no tenía tan buen cartel, no sólo porque el Papa Pío XI condenó al movimiento nazi como pagano, sino por su alianza con la Unión Soviética en 1939. No dejó de enfatizarse el hecho de que, mientras en el resto de la América española los regímenes autoritarios de impronta militar combatían al comunismo, aquí se solapaba y apoyaba a ese engendro judeo-masónico.

La orientación de la revista era claramente de extrema derecha, tanto por el artículo editorial que la presidía, escrito por su director, como por la nómina de sus principales integrantes y el carácter de sus escritos, dejándose ver en ocasiones una posición antisemita de carácter religioso, no económico. En cuanto a las empresas que sostenían anuncios propagandísticos en las contraportadas, se encontraban Cementos Tolteca, la Lotería Nacional, El Puerto de Veracruz, el Puerto de Liverpool, la empresa Eureka y la vinícola Madero, entre otras. No ostenta tiraje, y más bien se trata de una publicación de carácter erudito auspiciada y patrocinada por un grupo de intelectuales que no son expresión orgánica de una clase social, sino que representan a un sector de clase media

⁶ El general Franco opinó lo siguiente sobre su cruzada: “Una vez más, España, salvándose a sí misma, salva a toda una civilización. Nuestra guerra no es, en el fondo, sino una lucha mundial entre el comunismo y el anticomunismo. En una palabra, en nuestro suelo español, resolvemos el problema que, sin el movimiento nacionalista, hubiera significado la ruina de Europa”. Francisco Franco, “Por qué desencadenamos el movimiento nacionalista”, *Ibid.*, p. 68.

ilustrada que no comulga con los gobiernos posrevolucionarios. Como apunta el doctor Guisa, “reclutados en todos los campos, los escritores aquí reunidos aprecian los auténticos valores y si piensan en política o quieren hacer política ésta no podrá ser otra que la reconciliación de todos los mexicanos bajo el signo de la verdad y del Espíritu”. Aseguraba que el país se encontraba desunido gracias a la disolvente actuación gubernamental, por lo que era necesario recuperar los valores espirituales que se habían perdido y buscar la verdad, pero la verdadera, la enarbolada por Cristo.⁷ La cuestión social, por eso mismo, no podrá resolverse fuera de la ley evangélica. Muchas de las ideas esgrimidas tanto por el doctor Guisa como por sus colaboradores fueron definidas por el historiador argentino José Luis Romero como propias de los grupos señoriales provenientes de la colonia y el siglo XIX, pero es claro que no se necesitaba ser descendiente directo de estos grupos, como sí lo era don Juan Sánchez Navarro, sino que también podían ser enarboladas por personas sin ningún vínculo con los pergaminos y con los títulos nobiliarios.⁸

Respecto a la visión latinoamericanista, como aparece en el malogrado título de esta ponencia, no se ve por ningún lado, al menos en los años revisados. Los que sí están son intelectuales centroamericanos como Pablo Antonio Cuadra, Rafael Heliodoro Valle, Carlos Martínez Rivas, Joaquín Pasos, quienes escriben sobre Rubén Darío y otros poetas de su

⁷ “Referir todo a Dios; ver, en todo, a Dios; amar las cosas porque son obra de Dios; ir, poco a poco, calcando a Dios, imitando a Dios; ser, pues, DIVINOS, es el destino de los hombres”; por eso debíamos buscar la sabiduría, que no era otra cosa que la verdad. No se necesitaba ser letrado, sino que “basta, para ello, el catecismo y una vida ascética, que es una vida de armonía espiritual, de pureza”. Jesús Guisa y Azevedo, “La inteligencia y la verdad”, *Lectura*, 1º de junio de 1937, t. I, núm. 2, p. 97.

⁸ “El pensamiento político de los grupos señoriales, allí donde subsiste, mantiene su oposición, no sólo a las concepciones políticas de la democracia, sino también a las formas de vida y a los principios propios del orden capitalista y liberal. Forma parte de su elenco de ideas, llamémosle así, el prejuicio contra el capital judío, contra los masones, contra los políticos, pero también contra Estados Unidos y, a veces, contra Inglaterra”. José Luis Romero, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1970, p. 159.

tierra, la amenaza injerencista yanqui, tópicos de cultura latinoamericana y centroamericana en general, pero su colaboración no era constante, además de que la mayoría residía en la ciudad de México.

Por ejemplo, Joaquín Pasos advertía desde Managua sobre las intenciones del presidente Roosevelt respecto al sistema panamericano que estaba reforzando para la mejor dominación de nuestras repúblicas, bajo el pretexto de una nueva independencia. Pretendían separarnos todavía más de España, y si bien este objetivo venía desde la Doctrina Monroe, se estaba actualizando para una mayor sujeción y dependencia hacia la poderosa nación del norte. Se trataba de una reconquista espiritual, como sucedió durante el proceso independentista. “Para nosotros es más peligrosa esta nueva independencia que se trata de hacernos declarar ahora, que la que proclamamos insensatamente durante el pasado siglo”. Ambicionan despojarnos de lo que nos queda de elemento espiritual hispánico por medio de la norteamericanización, en una labor de destrucción cultural que ofrece como señuelo los avances materiales del mundo moderno. En otras palabras, su objetivo es que dejemos “nuestras fuerzas culturales por las engañosas potencias de su hueca civilización”. La punta de lanza de este proyecto eran la Fundación Carnegie y la Unión Panamericana, instrumentos del Departamento de Estado para llevar a cabo esta tarea. “Libros, conferencias, revistas, todo el material gratuito llega misteriosamente a las mesas de trabajo de nuestros intelectuales”. Apela a los países más grandes de América Latina para que ayuden a los más pequeños de Centroamérica y el Caribe a detener esta embestida de “infiltración espiritual”.⁹

Mientras tanto, Pablo Antonio Cuadra polemizaba respecto a la posición indigenista del líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, buscando desmitificarla:

⁹ Joaquín Pasos, “Intenciones de la nueva política exterior de los Estados Unidos”, *Lectura*, 1º octubre de 1939, t. XII, núm. 3, pp. 56-57.

El indigenismo no ha nacido del *indio puro*. Consecuencia burguesa de una ideología burguesa, el indigenismo sólo pretende aburguesar los términos de la vida. Tanto en el Perú como en México, para el indigenismo el indígena es un mito; así como fue un mito el pueblo para la democracia.¹⁰

El sexenio cardenista estuvo signado por la confrontación social y la polarización ideológica, como no podía ser menos en un gobierno que se propuso materializar los compromisos históricos de la Revolución. Bajo este paraguas se sostuvieron enconadas polémicas sobre el hispanismo *versus* el indigenismo, el comunismo y el anticomunismo, la procedencia o no del *New Deal* y la política del Buen Vecino implantados por Franklin D. Roosevelt y sus repercusiones en Latinoamérica, junto a la postura en favor o en contra de los bandos enfrentados en la guerra civil española. Entre los asuntos locales que levantaron feroz controversia estuvo la promulgación de la educación socialista en enero de 1935 y la ley de nacionalización de bienes eclesiásticos de septiembre de ese mismo año, junto al reforzamiento del ejido colectivo y el control estatal sobre la economía y sobre la totalidad de la vida social.¹¹ *Lectura* se hizo eco de este clima de confrontación, inclinándose en contra de las orientaciones oficiales y de la *intelligentsia* progresista de la época. Por ejemplo, Rafael García Granados, en su comentario al libro de Pablo Martínez del Río sobre el proceso a la familia judaizante de los Carvajales llevado a cabo por la Santa Inquisición a finales del siglo XVI, pondera la objetividad y comprensión del proceso histórico que denota el autor, equilibrio y

¹⁰ Pablo Antonio Cuadra, "Indigenismo y barbarie. Haya de la Torre y el padre Las Casas", *Lectura*, 15-XII-1938, p. 156.

¹¹ "El mexicano de hoy, sin partidos políticos, sin sociedades espirituales e intelectuales, sin familia y sin nada es un papel o un trapo que el Estado dobla o estruja a su antojo". Jesús Guisa y Azevedo, *Lectura*, 1º de julio de 1937, t. I, núm. 3, p. 194. Guisa se refiere también a que anteriormente el artículo tercero había decretado la educación laica, principio peor que el ahora pretendido socialismo: "El laicismo, entonces, era la doctrina del Estado y esta doctrina consistía en principios antirreligiosos, antihistóricos y antiespañoles. El Estado, ahora, se dice socialista y pretende imponer lo que él llama las explicaciones

tolerancia que no acostumbraban hacer los oradores de mitin, “que vociferan contra el Conquistador, los encomenderos, la Inquisición y otras instituciones y personas que juzgan con criterio de metodista pocho”.¹² Recomienda leer los trabajos de Edmundo O’Gorman, Silvio Zavala y Justino Fernández para obtener una idea más mesurada de nuestra historia.

Llegados a este punto, señalemos que la “filosofía de la historia”, si podemos llamarla así, que permea la revista examinada nos remite, en la mayoría de los casos, a su matriz histórica decimonónica, aunque en ocasiones parezca inclinarse más hacia la escolástica que al enciclopedismo. En *Lectura* se asegura que la culpa de todos nuestros males radica en haber adoptado el “espíritu del siglo” dieciochesco, con lo que perdimos alma y rumbo tratando de imitar las ideas políticas anglosajonas del federalismo, el equilibrio de poderes, la libertad de cultos, principios ajenos a nuestra idiosincrasia, cocinada al calor de la conquista y colonización española, cuya legitimidad estaba dada por el proceso evangelizador que nos introdujo a la civilización cristiana. El triunfo del indigenismo en los años cardenistas, según Guisa y Azevedo, significaba el triunfo del antiguo objetivo yanqui de acabar con la verdadera fisonomía nacional. “México era un país civilizado porque era un país occidental. Y era necesario acabar con la civilización de México”, lo que se logró destruyendo la tradición española, con sus instituciones, con su derecho, con su religión y sus concepciones del hombre y de la vida. En cambio, ahora se pretendía erigir la “Unión de Repúblicas Socialistas Indígenas”, objetivo de Lombardo Toledano, el ideólogo comunista del régimen, similar a lo que llevaba a cabo Stalin en Rusia. Por eso, aquí y allá se estudiaban los dialectos nativos, para hacer más eficaz su propaganda.

racionales y exactas del universo y de la vida”. *Ibid.*, *Lectura*, 1º enero de 1940, t. XIV, núm. 1, p. 67.

¹² Rafael García Granados, “Notas americanistas”, *ibid.*, p. 142.

Lorenzo de Zavala, los liberales puros, Juárez y hoy en día los camaradas de las explicaciones racionales y exactas del universo y de la vida, desesperaron de México porque no creían en él. Se dedicaron y se han dedicado a negarlo y a destruirlo. Que se acabe España y la influencia de España, que venga lo anglosajón, que el catolicismo deje el lugar al protestantismo, que las ‘civilizaciones’ indígenas resurjan, que lo ruso, que lo proletario nos inspiren.

La meta de nuestra vida política debía ser la recuperación del espíritu hispánico perdido en la conmoción desatada por las guerras de Independencia y la posterior anarquía.¹³ La culpa era de los liberales, admiradores y lacayos de los Estados Unidos, el enemigo histórico por excelencia. “Los puros, estando los norteamericanos en posesión de la capital, ofrecieron a los Estados Unidos la anexión total de México. Pocos años después del 47 se firmaron los tratados MacLane-Ocampo”. (Este hecho histórico era comentado con cierta asiduidad, concluyéndose siempre que Juárez traicionó a la patria). Con don Porfirio vinieron las concesiones de tierras, los ferrocarriles hechos para el servicio de los norteamericanos “y el mantenimiento de las Leyes de Reforma”. Posteriormente, los Tratados de Bucareli, la amistad Morrow-Calles y las declaraciones del embajador Josephus Daniels en favor de la escuela socialista y en contra de los hacendados y de la Iglesia católica. El procónsul alababa a la escuela socialista porque sin ella habría libertad; y se manifestaba en contra de los hacendados porque con ellos habría

¹³ Guisa y Azevedo, *Lectura*, 1º de julio de 1937, t. I, núm. 3, p. 195. Por su parte, don Lucas Alamán escribió en ocasión de la fundación del Partido Conservador, en 1849, lo siguiente: “Nos llamamos conservadores. ¿Sabéis por qué? Porque queremos primero conservar la débil vida que queda de esta pobre sociedad, a quien habéis herido de muerte; y después de restituirle el vigor y la lozanía que puede y debe tener, que vosotros arrebatástéis y que nosotros le devolveremos ...Somos conservadores porque no queremos que siga adelante el despojo que hicistéis: despojásteis a la patria de su nacionalidad, de sus virtudes, de sus riquezas, de su valor, de su fuerza, de sus esperanzas.... el Partido Conservador no ha promovido ninguna revolución”. Citado en Josefina Zoraida Vázquez, “Centralistas, conservadores y monarquistas, 1830-1853”, en William Fowler y Humberto Morales Moreno, (Coords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX*, México, BUAP-Saint Andrews University-Gobierno del Estado de Puebla, Puebla, 1999, p. 124.

agricultura, y contra la Iglesia porque con ella “habría meditación, disciplina moral, culto a Dios, y, por lo mismo al bien y a la verdad”.¹⁴ Innecesario insistir en su óptica providencialista, pero aclaremos que no era el único que la ostentaba. Como Edmund Burke, creía que “el orden temporal es sólo parte de un orden superior sobrenatural creado por Dios, y el fundamento de la tranquilidad social es la veneración de este orden”.¹⁵

Fernando Robles, autor de novelas sobre la cristiada, como *La Virgen de los cristeros* y *El santo que asesinó: José de León Toral*, sostuvo una columna intitulada “Panorama histórico de Méjico”, donde reforzaba la visión histórica de la revista sobre la conquista e independencia de nuestro país y de América Latina en general.¹⁶ Aunque no negaba la rapiña implícita en este proceso, señalaba que España creó un nuevo mundo basado en el mestizaje y la voz del Evangelio. Felipe II, con la proclamación de las Leyes de Indias, se adelantó a los tiempos: ellas “contienen en esencia todas las llamadas reivindicaciones proletarias, no el judío de Marx, que es fermento de odio, sino el de Cristo, que es armonía dentro de la vida que no puede ser paraíso sino forja en que se tiemplan las almas para alcanzar la eternidad”.

La reivindicación del comunismo que dizque practicaban los aztecas estaba de moda, pero eso no era más que “literatura pura, sensiblerías hipócritas como la admiración de los yanquis por los indios, a quienes hoy levantan estatuas, después de haberlos exterminado y cuando todavía mantienen a los últimos sobrevivientes encerrados en reservas que tienen más de jardines zoológicos que de humanas poblaciones”. El escritor cristero opinaba que Hidalgo fue un “demagogo auténtico”, soliviantador de las masas.

Nuestra independencia fue desde luego prematura y trágica para el destino nuestro y de los hispanoamericanos. No era posible ser

¹⁴ Guisa y Azevedo, *Lectura*, 1º de noviembre de 1937, t. II, núm. 3, pp. 193-196.

¹⁵ Noriega, *op. cit.*, p. 54.

¹⁶ Era frecuente el uso de la letra j cuando se referían a México y Texas, ortografía que denota una posición hispanizante.

independientes sin haber adquirido antes una unidad de pensamiento y de sangre. Cortés había enjaulado a la serpiente y echado a volar el águila, pero la independencia soltó al reptil, que pronto volvió a enroscarse en el pico del ave para impedir su vuelo.

Los anglosajones, ingleses y norteamericanos, se aliaron para destruir la cosmogonía hispánica e impedir nuestro progreso; su punta de lanza fue el embajador Joel R. Poinsett, aliado de las logias masónicas que dividieron al país. Un paso en la dirección correcta fue el imperio de Agustín de Iturbide; “Ya era importante que juntos, aristócratas, mestizos e indios se sintieran mexicanos”. Concluía que la democracia y la república no contaban con un terreno fértil en nuestro suelo, y que perdimos la mitad del territorio, mientras “nos rompíamos la cabeza jugando a federales y centralistas”. En la actualidad se tenía a muchos personajes grotescos entronizados en los altares cívicos, pero ninguno alcanzaba la estatura de un José de San Martín o de un Simón Bolívar: nuestros héroes, “no tanto por su genio, sino siquiera por su virtud... fueron muñecos de barro vil, mientras que el acero fue el material de los sudamericanos. Morelos, nuestro gran Morelos, que llena la boca de los ignorantes patrioterros, no supo ni siquiera morir, porque lo hizo dando la espalda como traidor y después de retractarse por haber luchado en favor de la independencia”. En este desastre, “orgía de sangre” que destrozó a la patria, los únicos cuerdos fueron los conservadores. “Ellos, cuando menos, tenían los dos pies puestos en el suelo, mientras que los otros se empeñaban en volar antes de que se inventaran los aeroplanos”. Robles lamenta el trágico destino de Maximiliano, que al menos tenía buenas intenciones, pero los norteamericanos prefirieron apoyar a Benito Juárez, el pobre indio que andaba a salto de mata por la frontera, “hasta que los Estados Unidos se decidieron a tomarlo bajo su protección. Nuestros vecinos no querían aceptar una gran nación mexicana instruida y auxiliada militarmente por las principales potencias de Europa”. El tercer intento de unificación nacional tuvo lugar durante la dictadura porfirista,

(los anteriores habían sido los frustrados imperios de Iturbide y Maximiliano). Pero “lo que perdió a don Porfirio fue su propio pecado original: el haber sido juarista, es decir, liberal”, lo que le impidió vincular la vida espiritual del país a su pasado.¹⁷ El caudillo se la pasó confiscando tierras de la Iglesia para beneficiar a la nueva oligarquía liberal; con todo, reconoce que encarriló y pacificó al país, pero no pudo resolver el secular problema de la desigualdad. Por eso se produjo el cataclismo de la revolución, movimiento social justo y necesario del que urgía un balance para saber si había cumplido con sus objetivos.

Fernando Robles insistía en sus colaboraciones de que en México no existía patriotismo porque se había combatido la fe religiosa, y ponía el ejemplo de Japón, donde se divinizaba hasta el paisaje. “Sabe que a falta de recursos naturales es su propia industria la que debe darle riqueza y poderío, tiene confianza en sus jefes, respeta la jerarquía con la esperanza de triunfo”. Gracias a la fuerza creadora de su fe convirtió a su país en una potencia. Lo mismo pasaba en Italia, donde el Duce había logrado conciliar los intereses terrenales y espirituales de Italia y el Vaticano. “Ahora Italia es grande y lo será más en el futuro, puesto que agarrada a Cristo ha tomado de nuevo la ruta imperial de Roma para dar al mundo una paz latina, es decir, humana, inteligente, bella, empapada de verdades eternas”. En cambio, en México los hombres de la Revolución terminaron por acabar con el país y con sus habitantes.¹⁸

La concepción de Guisa y Azevedo sobre la guerra de independencia es más pesimista y demoleadora que la del propio Lucas Alamán, sobre todo en lo que atañe a sus principales sostenedores. Sin embargo, suscribiría plenamente la afirmación del ideólogo del conservadurismo decimonónico cuando afirmaba que “México es una nación en que todo está por hacer,

¹⁷ Fernando Robles, “Panorama histórico de Méjico”, *Lectura*, 1º de julio de 1937, t. I, núm. 3, pp. 198-205.

¹⁸ *Ibid.*, “El patriotismo y la nacionalidad”, *Lectura*, 1º septiembre de 1937, t. II, núm. 1, pp. 65-69.

por haberse destruido todo lo que existía”.¹⁹ En octubre de 1937 escribió sobre las fiestas patrias, definidas principalmente por el jolgorio y el sentimentalismo desatados. La bandera, el himno, el desfile militar, la noche del 15 con su grito y su algazara popular lo conminaron a reflexionar sobre nuestra historia, llena de mentiras, mitos y bajezas. “El verdadero patriotismo no requiere las simulaciones ni la charlatanería. Hidalgo fue un mal hombre, de pésima conducta privada y de repugnante, de criminal vida pública”. Las chusmas, azuzadas por él, se llevaban “hasta las vigas de los portales”. No metió las manos para salvar a sus amigos de Guanajuato de la masacre ocurrida en esa ciudad, y en Guadalajara consintió en otras matanzas de españoles, aparte de andar por todos los lugares acompañado de su barragana. A su vez, Morelos “ofreció casi en regalo la provincia de Tejas”, y en prisión “se prestaba a ir a combatir a sus antiguos amigos y dio indicaciones de quiénes valían y de quiénes eran vulgares asesinos”. Acotemos que el llamado “Siervo de la Nación” salía mejor librado con don Lucas, quien le reconoció verdadera grandeza. Tampoco se salvó de la filípica el consumidor de la Independencia: Iturbide fue el peor de todos, pues suplantó la autoridad española por la suya propia, cuando no existía ninguna proporción entre ambas. La primera era una autoridad secular, “llena de veneración y de respeto, como la real, y en cambio, él, aventurero, jugador, mujeriego, mordelón, asesino”.²⁰ Arguía que desde que nos llamábamos

¹⁹ Citado en Noriega, *op. cit.*, p. 69. Sobre el movimiento independentista, don Lucas opinó lo siguiente: “Demasiado difícil es por sí solo el hacer independiente a una nación; pero si al mismo tiempo se intenta cambiar todo cuanto en ella está establecido respecto a formas de gobierno, usos y costumbres derivados de él, la dificultad entonces viene a ser insuperable”. *Lucas Alamán, Semblanzas e ideario*, pról. y selección de Arturo Arnáiz y Freg, México, UNAM, 1989, p. 112. (Biblioteca del Estudiante Universitario).

²⁰ En cambio, para don Lucas, con el Plan de Iguala “se salvaban las costumbres formadas en trescientos años, las opiniones establecidas, los intereses creados y el respeto que infundía el nombre y la autoridad del monarca”. Citado en María del Carmen Velázquez, “Lucas Alamán, historiador de México (1792-1853)”, en Isabel Gutiérrez del Arroyo, *et al, Estudios de historiografía americana*, México, El Colegio de México, 1948, p. 423.

independientes cualquiera podía llegar a ejercer la máxima autoridad, inclusive los soldados de fortuna, como lo había demostrado el caso del general Díaz, cuando la función de gobierno era “la más alta, la más digna, la más DIVINA de todas las actividades”. El problema de la autoridad en México, injusta e ilegítima, provenía de tiempo atrás: “desde Iturbide, quizás desde antes, desde los tiempos del imbécil de Carlos III. Y nuestra labor de rectificación necesita siglos”.²¹

No faltó quien rompiera lanzas en defensa de los Padres de la Patria. Joaquín Bremer replicó: “Total: para el doctor Guisa nuestros héroes no son sino un hato de criminales, vendepatrias, ‘chocantes’ y zafios”. El mismo Alamán señaló que el cura Hidalgo trató de evitar el saqueo de Guanajuato, y que a la vista de la capital prefirió torcer el rumbo para no repetir lo ocurrido en la opulenta ciudad del Bajío. Por otra parte, Agustín de Iturbide jamás pretendió sustituir al rey, e incluso escribió a Fernando VII y a las Cortes para que enviaran un soberano. “Hizo cuanto pudo porque el México independiente fuera una prolongación de España. Pero la casa de los Borbones desdenó la invitación y las Cortes condenaron los Tratados de Córdoba”. “Fueron los malos mexicanos, los españoles despechados por la independencia, los masones y los ‘pochos’ como Zavala, bajo la acertada dirección de Poinsett, quienes minaron los cimientos de la autoridad y de la tradición nacionales, cortaron los hilos de nuestra evolución y prendieron la hoguera de nuestras sangrientas revoluciones intestinas”. En cuanto a Morelos, “si pensó en ceder el desierto que era entonces Tejas, era sólo para obtener los medios para salvar el resto de la patria”. Resumió que el doctor Guisa “afirma que es natural el amor de los hijos hacia los padres, pero siembra el odio para los padres de la patria”.²²

²¹ Guisa y Azevedo, *Lectura*, 1º de octubre de 1937, t. II, núm. 2, pp. 97-102.

²² Joaquín Bremer, “Hidalgo, Iturbide, don Porfirio y el doctor Guisa”, *Lectura*, 1º de noviembre de 1937, pp. 210-216.

Según otro articulista, los mexicanos íbamos de derrota en derrota. “La historia mexicana, desde la Independencia hasta nosotros, es la historia de nuestras miserias, de nuestras derrotas interiores y exteriores. Desde la Independencia no se ha construido nada. Más bien, se ha destruido”. A partir de 1810 se demolió un gran pasado, y no parecía haberse abrigado proyectos de grandeza desde entonces; lo mismo valía para el resto de las naciones hermanas, inmersos como estábamos en la decadencia cultural del mundo español. “No estando maduros para la libertad, para ser, es claro que nuestro país tenía que terminar en semi-colonia anglosajona”. La salvación consistía en volver a nuestras raíces, dejar de imitar lo que no somos ni podíamos ser; en fin, recuperar nuestra verdadera esencia e identidad, el espíritu hispánico. En la actualidad se hablaba mucho de revolución, pero la verdadera revolución era la que se daba en las conciencias, no en el nivel económico y político. “Una nación es grande si es fuerte frente al exterior. Nuestra hora llegará cuando podamos rechazar al yanqui en su avance espiritual y económico, cuando dejemos de ser presa, botín del extranjero”.²³

Carlos Sánchez-Navarro, en su colaboración “De la historia de Méjico”, comentó un estudio de un canónigo de la catedral de México donde se documentaban las pérdidas sufridas por el saqueo ordenado en 1847 por el aliado y agente de los yanquis, Valentín Gómez Farías, “uno de los mejicanos más descastados y traidores a su patria que ha habido”. Otra feroz embestida ocurrió a la caída de Maximiliano, perdiéndose el tesoro acumulado durante trescientos años, en menos de cincuenta de gobiernos independientes; Plutarco Elías Calles, a su vez, robó lo que aún quedaba. Después vino el desfile de centauros que con tanta facilidad se reproducían en América Latina, los que no tenían más ley ni principios “que su capricho, que su vanidad o que el funcionamiento de sus glándulas endocrinas”. La tragedia empezó en 1808, en vísperas de la

²³ José Dávila, “Algo sobre nosotros”, *Lectura*, 15 de agosto de 1938, t. IV, núm.

independencia, “pero sus antecedentes ya existen desde la desintegración de la hispanidad y de su espíritu a fines del siglo XVIII”.

Con la independencia se inicia la obra de destrucción, y bajo la apariencia de una vida de pueblo libre nos destrozamos interiormente y nos entregamos al extranjero. El triunfo de la Reforma es el triunfo de las fuerzas de aniquilamiento. Porfirio Díaz abre un paréntesis en la vida política, pero bajo su régimen continúan debilitándose las fuerzas morales del país. Con la revolución de 1910 asistimos al epílogo del drama, la Revolución abraza todo lo corruptor, lo miserable, lo bajo que había ido acumulándose en los años anteriores.

La democracia era una falacia por sus instituciones corruptoras, y para comprobarlo bastaba el ejemplo de Estados Unidos, que nos robó la mitad del territorio y desde entonces nos convirtió en colonia. “Gracias a ellas (a las instituciones democráticas) el país que fue el más grande de América, en lo material y lo espiritual, es hoy una pseudo-nación que se muere de hambre y se suicida moralmente”. Todavía no contábamos con unidad racial ni espiritual, y el verdadero pueblo mexicano, el auténtico, vivía oculto y en la oscuridad. El México real consistía en “esa sociedad histórica y natural que se realizó a través de tres siglos, que tuvo una autoridad, un orden, y unas instituciones que interpretaban sus intereses vivos y sustanciales”, no la farsa de las votaciones, que no significaban otra cosa que la tiranía del número.²⁴ En otra ocasión, el homónimo descendiente del fiel súbdito de Maximiliano reseñó un libro de Santiago Roel sobre la historia de Nuevo León, donde manifestó su desacuerdo con los términos que utilizó para analizar el periodo colonial en comparación a la época independiente, exaltada por el autor. En su opinión, a partir de entonces,

parece que no se ha intentado otra cosa que destruir todo lo construido pacientemente durante trescientos años y cambiar nuestra fisonomía nacional importando leyes y costumbres de otros

5, p. 150.

²⁴ Carlos Sánchez-Navarro, “De la historia de Méjico”, *Lectura*, 15-VII-1938, t. IV, núm. 3, pp. 135-140.

pueblos, primero afrancesando al país y actualmente “apochándolo”, lo que es muchísimo más grave.²⁵

Otro colaborador se refirió también a las fiestas patrias como algaradas sin sustancia. Desde 1810 fuimos sustraídos “del orden y del buen sentido”, o sea, del imperio de la razón, y empujados a la anarquía y a la insensatez. Por eso, “Todo nuestro amor a la patria consiste en vítores ditirámicos a los héroes, de muchos de los cuales se ha vuelto discutible el derecho a la gratitud y homenajes nacionales”. Tenemos un patriotismo de feria, de gritos y sombrerazos, cuando “el verdadero patriota es el que mantiene íntimo y amoroso contacto con el legado de sus mayores, aprovechándolo y acrecentándolo con devota laboriosidad”. Por eso las democracias son antipatrióticas, porque rompen con el pasado y buscan sólo el éxito electoral.²⁶

La tónica de los nostálgicos del pasado colonial es la lamentación por la grandeza perdida. La consigna fue destruir todo lo heredado de España, “para que la nación del continente que tuvo la primera imprenta, los primeros colegios, la primera universidad, las primeras fundaciones de beneficencia, en fin, la nación de civilización más antigua del continente aparezca como la más salvaje que todo se lo debe a los bárbaros del Norte”.²⁷ Pero esta situación no era nueva, pues lo mismo había pasado con Roma.

Después de este recuento, que se quiso breve, de las principales preocupaciones expresadas en la revista *Lectura* durante la segunda mitad de la década del treinta, es tiempo de reconocer que el que el movimiento independentista, si bien necesario e, incluso, inevitable, fracasó en muchas de sus expectativas, si no es que en todas, como gustaban de recalcar los conservadores de ayer y anteayer. La carta enviada por Lucas

²⁵ *Ibid.*, 1º de septiembre de 1938, t. V, núm. 4, p. 247.

²⁶ Salvador Malagón Valdespino, “Después de las fiestas patrias”, *Lectura*, 1º noviembre de 1938, t. IV, núm. 4, pp. 206-209.

²⁷ José L. Cossío, “Aquí fue Méjico”, *Lectura*, 15-XI-1939, t. XIII, núm. 2, p. 112.

Alamán al general Antonio López de Santa Anna en 1853 es una muestra de la lucidez devenida en amargura con que estos hacedores de nuestra nacionalidad se enfrentaron a los múltiples desafíos de erigir una nación independiente, soberana y justa, ideales que distan mucho de alcanzarse en nuestros días.

Al ver en tan pocos años, esta pérdida inmensa de territorio, esta ruina de la hacienda, dejando tras de sí una deuda gravosísima, este aniquilamiento de un ejército florido y valiente, sin que hayan quedado medios de defensa; y sobre todo esta completa extinción del espíritu público que ha hecho desaparecer toda idea de carácter nacional, no hallando en México mexicanos y contemplando a una nación que ha llegado de la infancia a la decrepitud, sin haber disfrutado más que un vislumbre de la lozanía de la edad juvenil y haber dado otras señales de vida que violentas convulsiones, parece que había razón para reconocer con el gran Bolívar, que la independencia se ha comprado a costa de todos los bienes que la América española disfrutaba y para dar a la historia de aquella el mismo título que el venerable obispo Casas dio a su *Historia General de Indias: Historia de la destrucción de las Indias*.²⁸

No se hizo realidad la optimista promesa contenida en la proclama del cura Hidalgo emitida en Valladolid, cuando conminaba a unirse a su movimiento:

realizada la independencia, se desterrará la pobreza, se embarazará la extracción de dinero, se fomentarán las artes y la industria. Haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestro país, y a vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias de este vasto continente.²⁹

²⁸ Citado en Noriega, *op. cit.*, p. 85.

²⁹ Luis González y González, “El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México”, *Estudios de historiografía*, p. 192.